

Los ladrones

No cabía ya ni una pequeña rana. Estaba acurrucado de tal manera que hasta le resultaba difícil respirar. Salvo cuando lograba desprenderse unos milímetros de sus muslos, permanecía vivo con el poco aire que lograra hacerse paso entre sus apretados interiores.

Bajo la repisa lustrada del antiguo esquinero, junto al ángulo de la pared, cubierto por el escaso velo del mantel que sobresalía aquella tarde de la mesa del salón comedor, tieso y en mudo silencio yacía Jacinto.

El sonido crujiente y doloroso como el acero de las lustradas botas avanzando sobre la también lustrada pinotea, tensaba cada vez más el temor del joven que aguardaba.

Aguardaba como rezando en su mente, pensando bajito para que ni aquel sonido imaginario se oyera. Aguardaba que de una vez por todas aquellos dos hombres armados salieran de la casa. Qué más ya no buscaran. Se dieran por vencidos. Aburriéranse de husmear entre los muebles y puertas y, sobretodo, que no se les ocurriera mirar por debajo del mantel que hasta ese momento, había logrado guardarlo a salvo.

Minutos y minutos pasaban lentamente, estirándose al tamaño de largas horas. La agujeta del reloj pulsera negro que llevaba Jacinto en su muñeca izquierda y lograba observar por debajo de su sudada nalga derecha que le pendía casi tocando el suelo, estaba ya atascada y avanzaba muy, pero muy de vez en cuando.

Cuando por fin ambos buscantes se encaminaban a abandonar su tarea, estando éstos a unos pocos pies de la arcada de salida, un ratón, o una rata, o algún desgraciado pequeño bicho, atravesó a lo largo y por debajo, a gran velocidad, la mesa que lindaba protectoramente al acurrucado cuerpo de nuestro muchacho.

No alcanzó a oírse dos veces el tiritar de sus rápidos pasitos golpeando la madera del piso; el malhechor más cercano al rincón de Jacinto giró sobre sus oscuros talones y rompió la delgada membrana muda que reinaba por allí, con un duro martillazo y explosión de su arma de fuego.

Se sobresaltó y luego volvió a aquietarse el niño. El tiro hundió en parte las tiras lustrosas de pinotea que lograba ver de reojo por sobre la curva de su hombro. Poco importaba lo que pasara con los muebles y las cosas. Tenían ya que dejarlo en paz. Tendrían que salir de allí. Jacinto estaba dispuesto a esperar cuanto fuera en el más absoluto y muerto silencio; sin siquiera moverse; sin siquiera pestañar.

Los dos ladrones se agacharon quejosamente y escudriñando con ligereza el inferior de la mesa sobre la que dispararon, llegaron pronto al pedazo donde se ocultaba Jacinto.

Aunque no lo vieron a primera vista, algo les inquietó.

Comenzaron a revisar palmo a palmo nuevamente la habitación. La luz no funcionaba para suerte de nuestro amigo y las tinieblas, que otrora le infundieron temor, lo hacían hoy sentir mucho más seguro.

El rezo de Jacinto casi ya se escapaba de sus labios. No había frío ni calor que pudieran moverlo. Sus miembros cosquilleaban opacos, ya casi dormidos. Comenzaba cada vez más a sentirse parte de la pared; continuación de los tiesos y arenosos ladrillos.

Seguían husmeando mientras tanto, ambos seres malvados de negras botas, armas y pasos crujientes. El comedor era grande y tenían mucho por escudriñar. Entre sillones. Entre sillas. También tras las puertas de sendos modulares, en sus vitrinas y bajo las otras mesas.

Jacinto temía pero iba acostumbrándose a la horrenda situación. Poco después, como en quince minutos, acurrucado por el mismo crepitar de los cuatro pasos de cuero que iban y venían, hecho ya parte del propio cemento que pegaba los ladrillos, Jacinto se aflojó y quedó dormido.

Sin roncar; respirando así de despacito como lo hacía antes.

Los delincuentes nunca hallaron a Jacinto y abandonaron la búsqueda.

Tampoco pudo hacerlo su madre ni sus tres hermanos.

La policía rastreó intensamente la zona para dar con el cuerpo, con la esperanza de hallarlo con vida. Pero nunca lo hicieron. Nunca llegaron a encontrarlo.

Jacinto era pared; y viviría allí por siempre hasta que lo tiraran abajo.

Lo pintaron; lo lijaron; y hasta cubrieron sus rendijas con cal y yeso. Nunca más se movió.

Jacinto era pared.

Autor: Elefante Sincero

Unidad: Comunidad de Scouts Adultos Padre Alfredo Leaden

Fecha: oct-98

La presente publicación no tiene fines comerciales.-